

jero; os falta la leche de la nodriza y las primeras palabras que os enseña en su regazo, y vuestras envolturas; ciertos acentos que no son mas que de la patria. Los alemanes y los ingleses tienen de nuestros literatos las nociones mas extravagantes; ellos adoran lo que nosotros despreciamos, y desprecian lo que nosotros estimamos; ellos no entienden ni á Racine, ni á La Fontaine, ni aun completamente á Moliere. Da risa saber cuáles son nuestros grandes escritores en Londres, en Viena, en Berlin, en Petersburgo, en Munich, en Leipsick, en Guetingue, en Colonia, y saber lo que allí se lee y lo que se deja de leer.

Cuando el mérito de un autor consiste especialmente en la dición, un extranjero jamás comprenderá bien este mérito.

Cuanto mas íntimo, mas individual y nacional es el talento, mas se ocultan sus misterios al entendimiento, que no es, por decirlo así, *compatriota* de este talento. Nosotros admiramos de buena fe á los griegos y á los romanos; nuestra admiración es hija de la tradición, y los griegos y romanos no están ahí para burlarse de nuestros juicios de bárbaros. ¿Quién de nosotros se forma idea de la armonía, de la prosa de Demóstenes y de Ciceron, de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, tales como las comprendería un oído griego y latino? Se sostiene que las bellezas reales son de todos los tiempos, de todos los países; si, las bellezas del sentimiento y de la poesía; no, las bellezas del estilo. El estilo no es, como el pensamiento, cosmopolita; hay una tierra natal, un cielo, un sol para él.

Burns, Mason, Cowper, murieron durante mi emigración en Londres antes de 1800 y en 1800; ellos concluían el siglo, y yo lo comenzaba. Darwin y Beattie murieron dos años despues de mi vuelta del destierro.

Beattie habia anunciado la era nueva de la lira. El *Minstrel*, ó el *Progreso del Genio*, es la pintura de los efectos de la musa sobre un jóven bardo, que ignora todavía la inspiración que lo atormenta. Tan pronto el futuro poeta va á sentarse á la orilla del mar durante una tempestad; tan pronto retira la vista de la aldea para escuchar aparte en lontananza el sonido de la dulzaina.

Beattie ha recorrido toda la serie de fantasías y de ideas melancólicas, de las que otros cien poetas pretendían ser los descubridores. Beattie se proponía continuar su poema, y en efecto, ha escrito el segundo canto: Edwin oye una tarde una voz grave que se levanta del fondo de un valle; es la voz de un solitario, que, despues de haber conocido las ilusiones del mundo, se ha sepultado en su retiro, para recoger allí su alma y cantar las alabanzas del Criador. Este ermitaño instruye al jóven *Minstrel*, y le revela el secreto de su genio. La idea era feliz; pero la ejecución no correspondió á la felicidad de la idea. Beattie estaba destinado á derramar lágrimas: la muerte de su hijo destruyó su corazón paternal: como Ossian, despues de la pérdida de su Oscar, colgó su arpa en las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie era este jóven *Minstrel* que un padre habia cantado, y del cual no veía ya las huellas por la montaña.

Londres, de abril, á setiembre de 1822.

INCIDENCIAS.—LORD BYRON.

Se encuentran en los versos de lord Byron imitaciones sorprendentes del *Minstrel*: en la época de mi destierro en Inglaterra, lord Byron iba á la escuela en Harrow, pueblo distante diez millas de Londres. Era niño, yo era jóven, y tambien desconocido como él; se habia criado en los matorrales de la Escocia, á la orilla del mar como yo en las landas de la Bretaña á la

orilla del mar; él amó al principio la Biblia y á Ossian, como yo los amé; él cantó en Newstead-Abbey los recuerdos de la infancia, como los habia cantado yo en el castillo de Comboung.

«Cuando yo exploraba, jóven montañés, el noble monte, y pisaba tu cima pendiente, ó Morven coronado de nieve, para admirar el torrente que resonaba debajo de mi, ó los vapores de la tempestad que se amontonaban á mis piés...»

En mis excursiones por las cercanías de Londres, cuando yo era desgraciado, veinte veces he cruzado el pueblo de Harrow, sin saber qué genio habia allí. Yo me he sentado en el cementerio, al pié del olmo, bajo el cual lord Byron escribía en 1807 estos versos, en el momento en que yo volvía de la Palestina.

Spot of my youth! whose hoary branches sigh,
Swept by the breeze that fans thy cloudless sky etc.

«Sitio de mi juventud, donde suspiran las ramas encanecidas, desfloradas por la brisa que refresca tu cielo límpido! Sitio donde yo bogo hoy solo, yo, que he pisado continuamente con aquellos á quien amaba tu césped mullido y verde! cuando el destino hiele este seno que devora la fiebre; cuando haya calmado los pesares y las pasiones... aquí donde palpité, aquí podrá reposar mi corazón. ¡Pudiera yo dormirme donde se despertaron mis esperanzas... mezclado con la tierra donde corrieron mis pisadas... llorado por aquellos que se asociaron á mis jóvenes años, olvidado del resto del mundo!»

Y yo diré: ¡Salud, antiguo olmo, á cuyo pié Byron, niño, se abandonaba á los caprichos de la infancia, cuando yo soñaba bajo tu sombra á René, bajo esta misma sombra donde vino mas tarde el poeta á pensar á su vez el *Childe-Harold*! Byron pedía al cementerio, testigo de los primeros juegos de su vida, una tumba ignorada; inútil súplica que no escuchará la gloria. Sin embargo, Byron no es ya lo que ha sido; yo lo habia ballado cuando vivía en Venecia; al cabo de algunos años, en esta misma ciudad, donde vi su nombre por todas partes, lo he encontrado borrado y desconocido de todos. Los ecos de Lido no lo repiten ya; y si preguntáis á los venecianos, no saben de quien habláis. Lord Byron ha muerto enteramente para ellos; ya no oyen los relinchos de su caballo: lo mismo sucede en Londres, donde ha perecido su memoria. Hé aquí lo que somos.

Si yo he pasado por Harrow sin saber que el niño lord Byron respiraba allí, ingleses han pasado por Comboung sin sospechar que un pequeño vagabundo, criado en estos bosques, dejaría algun rastro. El viajero Arturo Young escribía al atravesar por Comboung:

«Hasta Comboung (de Pontorson) el país tiene un aspecto salvaje; la agricultura no está allí mas adelantada que entre los hurones, lo cual parece increíble en un país cerrado; el pueblo es tan salvaje como el país, y la ciudad de Comboung una de las mas sucias y mas toscas que se pueden ver: casas de tierra sin vidrios, y un pavimento tan destruido, que detiene á los pasajeros, pero sin ninguna comodidad. No obstante, se ve un castillo allí, y se halla habitado. ¿Quién es este señor de Chateaubriand, propietario de este castillo, que tiene nervios bastante fuertes para residir en medio de tanta inmundicia y pobreza? Debajo de este monton asqueroso de miseria hay un hermoso lago rodeado de una cerca muy arbolada.»

Este señor de Chateaubriand, era mi padre: el retiro que parecia tan insoportable al agrónomo de mal humor, no dejaba por eso de ser una noble y bella mansión, aunque sombría y grave. En cuanto á mi débil planta de yedra que empieza á rodearse á estas torres salvajes, hubiera podido verme Mr. Young

dedicado exclusivamente á examinar nuestras cosas?

Permitaseme añadir á estas páginas escritas en Inglaterra en 1822 estas otras escritas en 1814 y 1840: ellas coronarán el fragmento de lord Byron; este fragmento se hallará además completo cuando se lea lo que repetiré del gran poeta al pasar á Venecia.

Tal vez habrá en el porvenir algun interés notando el encuentro de los dos gefes de la nueva escuela francesa é inglesa, teniendo un mismo fondo de ideas y de destino, sino de costumbres, casi iguales: el uno par de Inglaterra, el otro par de Francia, los dos viajeros del Oriente, muchas veces cerca el uno del otro, y no viéndose jamás; únicamente que la vida del poeta inglés no se ha visto mezclada con tan grandes acontecimientos como la mia.

Lord Byron ha ido á visitar despues que yo las ruinas de la Grecia; en *Childe-Harold* parece que embellece con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al principio de mi peregrinación, yo reproduje el adios de sir Joinville á su castillo. Byron dirija otro igual á su habitación gótica.

En los *Mártires*, Eudoro parte de la Messenia para ir á Roma: «Nuestra navegación fue larga, dice... nosotros vimos todos estos promontorios marcados por templos ó sepulcros..»

«Mis jóvenes compañeros no habian oido hablar mas que de las metamorfosis de Júpiter, y no comprendieron nada de las ruinas que tenían á la vista; yo me habia sentado con el profeta sobre los escombros de ciudades desoladas, y Babilonia me enseñaba á Corinto.»

El poeta inglés es como el prosista francés, despues de la carta de Sulpicio á Ciceron; una semejanza tan perfecta me es muy gloriosa, porque me he anticipado al cantor inmortal en la plaza donde hemos tenido los mismos recuerdos, y donde hemos conmemorado las mismas ruinas.

He tenido el honor de estar en relacion con lord Byron, en la descripción de Roma; los *Mártires* y mi carta sobre la campaña romana tienen la inapreciable ventaja para mí de haber adivinado las inspiraciones de un hermoso genio.

Los primeros traductores, comentaristas y admiradores de lord Byron, no han querido hacer notar que algunas páginas de mis obras podían estar presentes en la memoria del pintor de *Childe-Harold*, y hubieran creído que era robar algo á su genio. Ahora que el entusiasmo se ha calmado un poco, no se me reusa tanto este honor. Nuestro inmortal cancionero, en el último volumen de sus cantos, dice: «En una de las estrofas que preceden á esta, hablo de las *liras* que la Francia debe á Mr. de Chateaubriand. Yo no temo que este verso sea desmentido por la nueva escuela poética, que, nacida bajo las alas del águila, se ha glorificado con razon muchas veces de su origen. La influencia del autor de *El Genio del Cristianismo* se ha hecho sentir igualmente en el extranjero, y hay justicia tal vez si se reconoce que el cantor de *Childe-Harold* es de la familia de René.»

En un excelente artículo sobre lord Byron, ha renovado Mr. de Villemain la observación de Mr. Banger: «Algunas páginas incomparables de René, dice, habian agotado, es cierto, este carácter poético. Yo no sé si Byron las imitaba ó las renovaba con su genio.»

Lo que acabo de decir sobre las afinidades de imaginación y de destino entre el cronista de René y el cantor de *Childe-Harold*, no quita un solo cabello de la cabeza del bardo inmortal.

¿Qué importa á la musa del *dee*, que lleva una lira y alas, mi musa pedestre y sin autoridad? Lord Byron vivirá, sea que, hijo de su siglo como yo, haya expresado, como yo tambien, y como Goethe antes que nosotros, la pasión y la desdicha; sea que mis derro-

teros y el fanal de mi barca gaula hayan enseñado el camino al bajel de Albion en mares inexplorados.

Por otra parte, dos talentos de una naturaleza análoga pueden tener muy bien concepciones parecidas, sin que se les pueda echar en cara el haber marchado servilmente por el mismo camino. Es permitido aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya; esto se ha visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco sin vacilar que en mi juventud, *Ossian Merther*, *Les Reveries du promeneur solitaire*, *Les Etudes de la nature*, han podido mezclarse á mis ideas, pero no he ocultado nada, no he disimulado en nada el placer que me causaban las obras en que yo me deleitaba.

Si fuera cierto que René entrara por algo en el fondo del personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe Harold*, *Conrado*, *Lara*, *Manfredo*, el *Giaour*; si por casualidad lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás? ¿Seria yo uno de esos padres de quien se reniega, cuando se ha llegado al poder? ¿Lord Byron puede haberme ignorado completamente, cuando cita á casi todos los autores franceses contemporáneos suyos? ¿No ha oido jamás hablar de mí, cuando los diarios ingleses, como los franceses, han resonado junto á él, con la controversia suscitada sobre mis obras, cuando el *New-Times* ha hecho un paralelo del autor de *El Cenio del Cristianismo* y del autor de *Childe-Harold*?

No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus susceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y vienen á irritar las comparaciones. Por eso otro talento superior ha evitado mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Gracias á Dios, estimándome en mi justo valor, no he pretendido jamás el imperio; como yo no creo mas que en la verdad religiosa, de quien es la libertad una forma, no tengo mas fe en mí que en cualquiera otra cosa de este mundo. Pero jamás he sentido la necesidad de callar cuando he admirado; por eso he proclamado mi entusiasmo hácia Mad. Stael y hácia lord Byron. ¿Qué cosa mas dulce que la admiración? Es el amor celestial, la ternura elevada hasta el culto; nos sentimos penetrados de reconocimiento á la divinidad que extiende las bases de nuestras facultades; que abre nuevos caminos á nuestra alma, que nos da una felicidad tan grande, tan pura, sin mezcla ninguna de temor ó de envidia.

Ademas la quisquilla que demuestro en estas *Memorias* con el mayor poeta que ha tenido la Inglaterra desde Milton, no prueba mas que una cosa: el alto precio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa.

Lord Byron ha abierto una escuela deplorable, yo presumo que se ha desolado tanto con los *Childe-Harold*, á que ha dado nacimiento, como lo estoy yo con los *Renés*, que andan alrededor mio.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias; los jóvenes han tomado seriamente las palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas á dejarse seducir, con horror, por este *monstruo*, á consolar á este Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no habia encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazón tan grande como el suyo. Byron, segun la opinión fantasmagórica, es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque ve la corrupción de la especie humana: es un genio fatal y doliente colocado entre los misterios de la materia y de la inteligencia, que no alcanza á descifrar el enigma del universo, que mira la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el hijo de la desesperación, que desprecia y

reniega, que llevando en sí una herida incurable se venga llevando al dolor por la voluptuosidad todo lo que se le acerca; es un hombre que no ha pasado por la edad de la inocencia, que no ha tenido la ventaja de ser arrojado y maldecido por Dios; un hombre que, saliendo réprobo del seno de la naturaleza, es el condenado de la nada.

Tal es el Byron de las imaginaciones exaltadas; no es, á mi parecer, el de la realidad.

Dos hombres diferentes, como en la mayor parte de los hombres, se han reunido en lord Byron: el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El poeta, apercibiéndose del papel que el público le hacia representar, lo ha aceptado, y se ha puesto á maldecir al mundo, que no había tomado antes mas que como un sueño: esta marcha es sensible en el órden cronológico de sus obras.

En cuanto á su *genio*, lejos de tener la extension que se le atribuye, es bastante reservado; su pensamiento poético no es mas que un gemido, una queja, una imprecacion; en esta cualidad es admirable; es preciso no preguntar á la lira su pensamiento, sino lo que canta.

En cuanto á su *espíritu*, es sarcástico y vario, pero de una naturaleza que agita y de una influencia funesta: el escritor había leído á Voltaire, y lo ha imitado.

Lord Byron, dotado de todas las ventajas, tenía poco de qué acusar á su nacimiento; el accidente mismo que lo hacia desgraciado, y que había ligado fuertemente su superioridad á la enfermedad humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no le impedía ser amado. El cantor inmortal conoció la verdad que encierra la máxima de Zenon: *La voz es la flor de la belleza*.

Una cosa deplorable es la rapidez con que huyen hoy las glorias. Al cabo de pocos años, ¿qué digo? de algunos meses, la preoccupation desaparece; la denigracion le sucede. Ya se ve palidecer la gloria de lord Byron; su genio es mejor comprendido por nosotros; durarán mas los altares en Francia que en Inglaterra. Como *Childe-Harold* brilla principalmente en la pintura de los sentimientos particulares del individuo, los ingleses, que prefieren los sentimientos comunes á todos, acabarán por despreciar al poeta, cuyo grito es tan profundo y tan triste. Que lo piensen bien; si hacen pedazos la imagen del hombre que los ha hecho vivir, ¿qué les quedará?

Quando yo escribí en Lóndres, en 1822, mis sentimientos acerca de lord Byron, le quedaban solo dos años de vida; él ha muerto en 1824, cuando los desengaños y los disgustos iban á empezar para él. Yo le he precedido en la vida; él me ha precedido en la muerte: él ha sido llamado antes de su turno; mi número estaba delante del suyo, y sin embargo el suyo ha salido el primero. Childe-Harold debiera haber quedado; el mundo podía perderme sin notar mi desaparicion. Yo he encontrado, siguiendo mi camino, á Mad. Guicciolien Roma, á lord Byron en París. Se me han presentado la debilidad y la virtud: la primera tenía quizás demasiadas realidades, la segunda bastantes ilusiones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LA INGLATERRA DESDE RICHMOND A GREENWICH.—EXCURSION CON PELLETIER.—BLEINHEIM.—STOWE.—HAMPTON-COURT.—OXFORD.—COLEGIO DE ETON.—COSTUMBRES PRIVADAS.—COSTUMBRES POLÍTICAS.—FOX.—PITT.—BURKE.—JORJE III.

Ahora, despues de haberos hablado de los escritores ingleses en la época en que la Inglaterra me ser-

via de asilo, no me queda mas que decir algo de la Inglaterra misma en esta época, de su aspecto, de sus castillos, de sus costumbres privadas y políticas.

Toda Inglaterra puede verse en el espacio de cuatro leguas, desde Richmond, encima de Londres, hasta Greenwich, y debajo.

Debajo de Londres está la Inglaterra industrial y comerciante, con sus diques, sus almacenes, sus aduanas, sus arsenales, sus cervecerías, sus manufacturas, sus fundiciones, sus navíos; estos, á cada marea, remontan el Támesis en tres divisiones; los mas pequeños los primeros, los medianos en seguida, y por último los buques de alto bordo, que rozan con sus velas el hospital de los marinos inválidos y las ventanas de la taberna donde obsequian á los extranjeros.

Encima de Londres está la Inglaterra agrícola y pastoril, con sus praderas, sus rebaños, sus casas de campo, sus parques, regados dos veces al dia por el reflujo del Támesis. En medio de estos dos puntos opuestos, Richmond y Greenwich. Londres confunde todas las cosas de esta doble Inglaterra; al Oeste la aristocracia, al Este la democracia, la torre de Londres y Westminster, límites en que se encierra la historia entera de la Gran-Bretaña.

Yo pasé una parte del estío de 1799 en Richmond, con Cristian de Lamoignon, ocupándome de *El Genio del Cristianismo*. Me bañaba dos veces en el Támesis, y corría á caballo por el parque de Richmond. Hubiera querido que el Richmond-lei-Lóndres fuera el Richmond del tratado *Honor-Richemundia*, porque entonces me hubiera hallado en mi patria, y diré cómo: Guillermo el Bastardo hizo presente á Alain, duque de Bretaña, su yerno, de cuatrocientas cuarenta y dos tierras señoriales en Inglaterra, que formaron despues el condado de Richmond; los duques de Bretaña, sucesores de Alain, dieron en feudo estos dominios á caballeros bretones, segundos de las familias de Rohan, de Tinteniac, de Chateaubriand, de Goyon, de Montboucher. Pero á pesar de mi buena voluntad, es preciso buscar en el Yorkshire el condado de Richmond, erigido en ducado en tiempo de Carlos II para un bastardo; el Richmond sobre el Támesis es el antiguo Sheen de Eduardo III.

Allí espiró en 1377 Eduardo III, aquel famoso rey robado por su querida Alix Peare, que no era ya Alix ó Catalina de Salisbury de los primeros dias de la vida del vencedor de Crécy: no ameis mas que en la edad en que podais ser amado. Enrique VIII é Isabel murieron tambien en Richmond, donde no se muere. Enrique VIII se divertía en esta residencia. Los historiadores ingleses se hallan muy embarazados con este hombre abominable: por una parte no pueden disimular su tiranía y la esclavitud del parlamento; por la otra, si anatematizan al gefe de la reforma, se condenarian condenándolo.

Cuanto es mas vil el opresor, mas infame es el esclavo.

Se enseña en el parque de Richmond la altura que servía de observatorio á Enrique VIII para espiar la noticia del suplicio de Ana Bolena. Enrique respiró alegremente cuando vió la señal que partía de la torre de Londres. ¡Qué voluptuosidad! El hierro había cortado el cuello delicado, había ensangrentado los hermosos cabellos que habían sido objeto de las fatales caricias del poeta rey!

En el parque abandonado de Richmond no esperaba ninguna señal homicida; no hubiera deseado siquiera el mas pequeño mal á quien me hubiera hecho traicion. Yo me paseaba con algunos gamos domesticados, que tenían costumbre de correr delante de una jauría, se detenían cuando se cansaban, y se les traía muy alegres de este juego en un carrn lleno de paja. Yo iba á ver en Kew á los kanguroos, ridículos animales, justamente á la inversa de las gir-

The curfew tolls knell of parting day,
imitacion de este verso de Dante:

Squilla di lontano
Che paja! giorno pianger che si muore.

Pelletier se había apresurado á publicar á son de trompa en su diario mi traduccion. A la vista de Oxford me acordé de la oda del mismo poeta: *A una vista lejana del colegio de Eton*.

«¡Dichosas colinas, encantadores bosquecillos, campos queridos en vano, donde en otro tiempo corría sin pena mi infancia indiferente! Yo siento las brisas que vienen de vosotros; parece que acarician mi alma abatida, y que, perfumadas de alegría y juventud, me traen una nueva primavera.

«Dime, paternal Támesis... dime qué generacion veleidosa se precipita hoy corriendo tras del aro, ó lanzando la pelota fugitiva. ¡Ay! ¡Sin ocuparse de sus destinos juguetean las pequeñas victimas! No tienen prevision de los males venideros, ni cuidado del dia siguiente.»

«¿Quién no ha experimentado los sentimientos y las penas, expresados aquí con toda la dulzura de la musa? ¿Quién no se ha enternecido con el recuerdo de los juegos, de los estudios, de los amores de sus primeros años? ¿Pero se les puede volver á la vida? Los placeres de la juventud, reproducidos por la memoria, son ruinas vistas al resplandor de las llamas.

VIDA PRIVADA DE LOS INGLESES.

Separados del continente por una guerra larga, los ingleses conservaban á fines del último siglo sus costumbres y su carácter nacional. No había todavía allí mas que un pueblo, en cuyo nombre se ejercía la soberanía por un gobierno aristocrático; no se conocían mas que dos grandes clases, ligadas por intereses comunes: los patronos y los clientes. Esta clase celosa, llamada en Francia *ciudadana*, que comienza á nacer en Inglaterra, no se conocía todavía; nada se interponía entre los ricos propietarios y los hombres industriales. No era aun todo máquina en las manufacturas, ni locura en las filas privilegiadas. Por estos mismos andenes, donde hoy se ven pasear figuras sucias y hombres con levita, pasaban niñas con manteleta blanca, sombrero de paja atado bajo la barba con una cinta, una cestita en el brazo con fruta ó un libro, todas con los ojos bajos, y ruborizándose si se las miraba. «La Inglaterra, dice Shakspeare, es un nido de cisnes en medio de las aguas.» Los redingotes tenían tan poco uso en Londres, en 1793, que una mujer que lloraba amargamente la muerte de Luis XVI, me decía: «¿Es cierto, señor, que el pobre rey estaba vestido con un redingote cuando le cortaron la cabeza?»

Los *caballeros terratenientes* no habían vendido todavía su patrimonio para habitar en Londres: todavía formaban en la cámara de los Comunes esta fraccion independiente, que, yéndose de la oposicion al ministerio, mantenía las ideas de libertad, de órden, y propiedad. Cazaban en otoño zorras ó faisanes, comían el ganso gordo en Noel, gritaban *viva el roasbeef*, se quejaban del presente, alababan el pasado, maldecían á Pitt y la guerra, que aumentaba el precio del vino de Oporto, y se acostaban embriagados para emprender al dia siguiente la misma operacion. Estaban seguros de que no perecería la gloria de la Gran-Bretaña mientras se cantase *god save the king*, que se conservarían las leyes sobre la caza, y que se venderían furtivamente las liebres y las perdices en el mercado con el nombre de *leones* y *avestruces*.

El clero anglicano era instruido, hospitalario y generoso; había recibido al clero francés con una cari-

fas: estos inocentes cuadrúpedos-langostas poblaban mejor la Australia que las prostitutas del viejo duque de Queensbury las callejuelas de Richmond. El Támesis bordeaba el cesped sembrado por un cedro del Líbano; una pareja recientemente casada había venido á pasar la luna de miel en este paraíso.

Yo paseaba una tarde por las praderas de Twickenham, cuando se me presenta Pelletier con su pañuelo en la boca:

«¿Qué sempiterna niebla! exclamó cuando estubo cerca de mí.—¿Cómo diablo podeis estar aquí? He formado mi lista: Stowe, Bleinheim, Hampton-Court, Oxford: con vuestra facha pesadora estarais en *Jhon-Bull in vitam eternam*, y no veriais nada.»

Yo pedí dispensa, pero inútilmente; fue preciso partir. En el carruaje Pelletier me enumeró sus esperanzas que sin cesar se iban reproduciendo: y así iba de ilusion en ilusion hasta el fin de la jornada. Una de sus esperanzas, la mas fuerte, lo llevó á la persecucion de Bonaparte, á quien agarró por el cuello. Napoleon tuvo la simplicidad de darse de puñadas con él. Pelletier tenía por segundo á un tal James Makintosh, condenado ante los tribunales, que hizo una fortuna nueva (quá se comió incontinenti), vendiendo las piezas de su proceso.

Bleinheim me desagradó: yo sufría tanto mas con un antiguo reves de mi patria, cuanto que había tenido que soportar el insulto de una reciente afrenta: un barco que subía por el Támesis me vió en la ribera; los remeros, al ver un francés, dieron grandes hurras: se acababa de recibir la noticia del combate naval de Aboukir: estos triunfos del extranjero, que podían abrirme las puertas de la Francia, me eran odiosos. Nelson, á quien había visto muchas veces en Hide-Park, encadenó sus victorias en Nápoles al schal de lady Hamilton, mientras que los lazzaroni jugaban á las bochas con cabezas. El almirante murió gloriosamente en Trafalgar, y su querida miserablemente en Calais, habiendo perdido belleza, juventud y fortuna. Y yo, que ultraje en el Támesis el triunfo de Aboukir, he visto las palmeras de la Libia bordar el mar tranquilo y desierto, que fue enrojecido con la sangre de mis compatriotas.

El parque de Stowe es célebre por sus fábricas: yo preferí sus sombras. El *cicerone* del sitio nos enseñó en un rincón oscuro la copia de un templo, cuyo modelo había de admirar yo en el valle de Cefisa. Hermosos cuadros de la escuela italiana se entristecían en el fondo de algunas salas deshabitadas, cuyos postigos se hallaban cerrados. ¡Pobre Rafael, prisionero en un castillo de viejos bretones, lejos del cielo de la Fornarina!

Hampton-Court conservaba la coleccion de retratos de las queridas de Carlos II: de ese modo había tomado las cosas este principe al salir de una revolucion que hizo rodar la cabeza de su padre, y que debía proscribir su raza.

Vimos en Slough á Herschell con su instruida hermana y su telescopio de cuarenta piés; buscaba nuevos planetas, haciendo reir á Pelletier, que estaba montado á la antigua.

Nos detuvimos dos dias en Oxford. Yo gocé en aquella república de Alfredo el Grande, que representaba las libertades privilegiadas y las costumbres literatas de la edad media. Recorrimos los veinte y cinco colegios, las bibliotecas, los cuadros, el museo, el jardín botánico. Hogeé con mucho placer entre los manuscritos del colegio de Worcester una vida del principe Negro, escrita en verso francés por el rey de armas de este principe.

Oxford, sin parecerles, traía á la memoria los modestos colegios del Dol, de Rennes y de Dinau. Yo había traducido la elegía de Gray y del *Cementerio de la Campaña*.

dad enteramente cristiana. La universidad de Oxford hizo imprimir á su costa, y distribuir gratis á los sacerdotes, un *Nuevo-Testamento* con la version romana, y estas palabras: *Para el uso del clero católico desterrado por la religion.* En cuanto á la alta sociedad inglesa, yo, miserable desterrado, no veia mas que su exterior. En las recepciones de la corte ó en casa de la princesa de Gales, pasaban ladys sentadas de lado en sillas de manos: sus grandes tontillos salian por la portezuela de la silla como frontales de altar. Ellas mismas se parecian sobre estos altares de su cintura á vírgenes ó pagodas. Estas hermosas damas eran las hijas de las madres adoradas por el duque de Guiche y el duque de Lauzun; estas jóvenes son en 1822 las madres y abuelas de las niñas que bailan hoy en mi casa con traje corto, al son de la flautilla de Collinet, como rápidas generaciones de flores.

COSTUMBRES POLÍTICAS.

La Inglaterra de 1688 estaba en el apogeo de su gloria á fines del siglo pasado. Pobre emigrado en Londres desde 1792 á 1800, he oido hablar á los Pitt, los Fox, los Sheridan, los Wilberforce, los Grenville, los Whitbread, los Landerdale, los Erskine; magnífico embajador en Londres en 1822, no podré decir cuánto me ha sorprendido, cuando, en lugar de los grandes oradores que yo habia admirado antes, veo levantarse en su lugar á los que eran los segundos en la época de mi primer viaje: á los discípulos en vez de los maestros. Las ideas generales han penetrado en esta sociedad particular. Pero la aristocracia ilustrada, colocada á la cabeza de este país hace ciento cuarenta años, habrá mostrado al mundo una de las mas bellas y mas grandes sociedades que hayan honrado la especie humana desde el patriado romano. Tal vez alguna antigua familia, en el fondo de un condado, reconocerá la sociedad que acabo de pintar, y llorará el tiempo cuya pérdida deploro yo en estas líneas.

En 1792 se separó Mr. Burke de Mr. Fox. Se trataba de la revolucion francesa que Mr. Burke atacaba y que Mr. Fox defendía. Nunca los dos oradores, que hasta entonces habian sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Mr. Fox se llenaron de lágrimas cuando monsieur Burke terminó su réplica con estas palabras: «El muy honorable caballero me ha tratado, en el discurso que acaba de pronunciar, con una dureza poco comun: ha censurado mi vida entera, mi conlucta y mis opiniones. Sin embargo de este ataque grande y serio, no merecido por mi parte, no me asustaré: no temo declarar mis sentimientos en esta cámara y en todas partes. Yo diré al mundo entero que la constitucion está en peligro. Ciertamente es una cosa indiscreta en todo tiempo, y mucho mas indiscreta todavía en esta edad mia, provocar á los enemigos, ó dar á mis amigos motivos para que me abandonen. Sin embargo, si esto ha de suceder por mi adhesión á la constitucion británica, lo arriesgaré todo; y como el deber público y la prudencia pública me lo ordenan, exclamaré en mis últimas palabras: ¡Huid de la constitucion francesa! *Fli from the french constitution.*»

Y como Mr. Fox dijera que no se trataba de perder los amigos, Mr. Burke exclamó:

«Sí, ¡se trata de perder los amigos! Yo conozco el resultado de mi conducta; he cumplido mi deber á precio de mi amigo; nuestra amistad ha concluido. Advierto á los muy honorables caballeros, que son los dos grandes rivales en esta cámara, que deben en lo sucesivo (bien sea que se muevan en el hemisferio político como dos grandes meteoros, ó bien que mar-

chen reunidos como dos hermanos); les advierto que deben defender y cuidar la constitucion británica; que deben ponerse en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de estas nuevas teorías.—*From the danger of these new theories.*» ¡Memorable época del mundo!

Mr. Burke, á quien yo conocí hácia el fin de su vida, abrumado por la muerte de su hijo único, habia fundado una escuela consagrada á los niños de los pobres emigrados. Yo iba á ver lo que él llamaba su plantel, *his nursery.* Se entretenia con la vivacidad de la raza extranjera que crecia bajo la paternidad de su genio. Viendo saltar á estos desterrados indiferentes á su situacion, me decia: «Nuestros muchachos no harian esto, y sus ojos se humedecian de lágrimas; pensaba en su hijo, que habia partido para un destierro muy largo.

Pitt, Fox, Burke, ya no existen, y la constitucion inglesa ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en esta época; es preciso haber oido á estos oradores cuya voz profética parecia anunciar una revolucion próxima, para formarse idea de la escena que recuerdo. La libertad, contenida en los límites del orden, parecia debatirse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica, que hablaba en la tribuna aun sangrienta de la Convencion.

Mr. Pitt, alto y flaco, tenia un aire triste é irónico. Su palabra era fria, su entonacion monotoná, su gesto insensible; y sin embargo, la lucidez y afluencia de sus pensamientos, la lógica de sus ratiocinios, súbitamente iluminados por relámpagos de elocuencia, colocaban su talento fuera del orden comun.

Yo veia muchas veces á Mr. Pitt, cuando desde su casa atravesaba el parque de San James, é iba á pié á ver al rey. Por su parte, Jorge III venia de Windsor, despues de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los arrendatarios de las cercanías; atravesaba las mezquinas calles de su mezquino palacio, en un carruaje gris, seguido de algunos guardias á caballo: aquel era el señor de los reyes de la Europa, como cinco ó seis mercaderes de la Cité son los señores de la India. Mr. Pitt, con traje negro, espada con puño de acero al costado, el sombrero debajo del brazo, subia de dos en dos, ó tres en tres, las escaleras. No hallaba á su paso mas que tres ó cuatro emigrados ociosos; dejando caer una mirada desdeñosa sobre nosotros, pasaba con la nariz abierta y la cara pálida.

Este gran financiero no tenia ningun orden en su casa, ni horas para comer ni para dormir. Acribillado de deudas, no pagaba ninguna, y no se podia resolver á adicionar una memoria. Un camarero dirigia su casa. Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, ávido solamente de poder, despreciaba los honores, y no queria ser mas que *William Pitt.*

Lord Liverpool me llevó en el mes de junio último, 1822, á comer en su casa de campo: al atravesar por Pulteney me enseñó la casita donde murió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado que habia puesto la Europa á su sueldo, y que habia distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

Jorge III sobrevivió á Mr. Pitt, pero habia perdido la razon y la vista. Cada sesion, á la apertura del parlamento, los ministros leian á las cámaras silenciosas y enternecidas el parte de la salud del rey. Un día habia ido yo á ver á Windsor, me granjeé la benevolencia de un conserje por medio de unos schelines, y me colocó de manera que pudiera ver al rey. El monarca, con los cabellos blancos y ciego, apareció, como el rey Lear, en su palacio, y tentando con sus manos los muros de las salas. Se sentó delante de un piano, cuyo sitio conocia, y tocó algunos trozos de una sonata de Haendel: era un hermoso final de la *vieja Inglaterra*, ¡*Old England!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ENTRADA DE LOS EMIGRADOS EN FRANCIA.—EL MINISTRO DE PRUSIA ME DA UN PASAPORTE FALSO BAJO EL NOMBRE DE LASSAGNE, HABITANTE DE NEUFCHATEL, EN SUIZA.—MUERTE DE LORD LONDONDERRY.—FIN DE MI CARRERA DE SOLDADO Y DE VIAJERO.—DESEMBARCO EN CALAIS.

Yo comenzaba á volver los ojos hácia mi tierra natal: una gran revolucion se habia obrado. Bonaparte, hecho primer cónsul, restablecia el orden con el despotismo; muchos emigrados entraban; los altos emigrados, sobre todo, se apresuraban á ir á recoger los restos de su fortuna; la fidelidad parecia por la cabeza, mientras que su corazon latia aun en el pecho de algunos caballeros de provincia medio desnudos. Madama Lindsay habia partido: ella escribia á MM. de Lamoignon que volvieran; invitaba tambien á madama D'Aguesseau, hermana de los Lamoignon, á pasar el Estrecho. Fontanes me llamaba para concluir en París la impresion de *El Genio del Cristianismo.* Acordándome de mi país, no sentia ningun deseo de volverlo á ver; dioses mas poderosos que los lares paternales me retenian; yo no tenia ya en Francia ni bienes ni asilo; la patria se habia convertido para mí en un seno de piedra, un pecho sin leche; yo no habia de encontrar ni á mi madre, ni á mi hermano, ni á mi hermana Julia. Lucila existia todavia, pero se habia casado con Mr. Caud, y no llevaba ya mi nombre; mi jóven viuda no me conocia mas que por una union de algunos meses, por la desgracia y una ausencia de ocho años.

Entregado á mí mismo, yo no sé si hubiera tenido resolucion para partir, pero veia disolverse mi pequeña sociedad; Mad. D'Aguesseau me proponia llevarme á París; yo me dejaba ir. El ministro de Prusia me proporcionó un pasaporte con el nombre de Lassagne, habitante de Neufchâtel. Los señores Dulan interrumpieron la impresion de *El Genio del Cristianismo*, y me dieron las hojas compuestas. Separé de los *Natchez el Atala y René*; encerré el manuscrito en una maleta que confié á mis huéspedes, en Londres, y me puse en camino para Douvres con Mad. D'Aguesseau; madama Lindsay nos esperaba en Calais.

Yo abandoné la Inglaterra en 1800; mi corazon estaba ocupado de otro modo entonces que lo está ahora que escribo esto, en 1822. Yo no llevé del país del destierro mas que pesares y sueños: hoy mi cabeza está llena de proyectos ambiciosos, de politica, de grandezas y de correrías, tan impropias de mi naturaleza. ¡Qué de acontecimientos se han amontonado en mi presente existencia! Pasad, hombres, pasad; ya me llegará el turno. Yo no he desplegado ante vuestros ojos mas que la tercera parte de mis dias: si los dolores que he sufrido han pesado sobre los dias serenos de mi primavera, ahora, entrando en una edad mas fecunda, el górgimen de *René* va á desarrollarse, y amargas de otra especie se mezclarán á mi narracion. ¡Qué no tendré que decir al hablar de mi patria, de sus revoluciones, cuyo primer plan he explicado ya; del imperio y el hombre gigantesco, que yo he visto caer; de esta restauracion, en que he tomado tanta parte, hoy gloriosa, en 1822, pero que sin embargo no puedo entrever sino al través de no sé qué nube lúnebre?

Yo termino este libro, que toca á la primavera de 1800. Al tocar el término de mi primera carrera, se abre ante mí la carrera del escritor; de hombre privado, voy á ser hombre público: salgo del asilo virginal y silencioso de la soledad, para entrar en la encrucijada manchada y ardiente del mundo: la luz del Mediodia va á alumbrar mi vida fantástica: la luz va á

penetrar en el reino de las sombras. Yo echo una mirada tierna á estos libros que encierran mis horas sin cuento; me parece que doy un adios eterno á la casa paterna; abandono los pensamientos y las quimeras de mi juventud, como á hermanas, como amantes, que dejo en el hogar doméstico para no verlas jamás.

Cuatro horas tardamos en pasar de Douvres á Calais. Yo me introduje en mi patria á favor de un nombre extranjero: oculto doblemente en la oscuridad del suizo Lassagne y en la mia, abordé la Francia con el siglo.

Dieppe 1836.

Revisado en diciembre de 1846.

RESIDENCIA EN DIEPPE.—DOS SOCIEDADES.

Sabeis que muchas veces he cambiado de lugar escribiendo estas *Memorias*; que continuamente he descrito estos lugares, he hablado de los sentimientos que me inspiraban, y trazado mis recuerdos, enlazando así la historia de mis juicios y de mis hogares errantes con la historia de mi vida.

Ya veis dónde habito ahora. Paseándome esta mañana por las rocas, á la espalda del castillo de Dieppe, he visto la poterna que comunica con estas rocas por medio de un puente arrojado sobre un foso. Mad. de Longueville habia huido por allí de la reina Ana de Austria, embarcada furtivamente en el Havre, y saltando en tierra en Rotterdam, se dirigió á Stenay, al lado del mariscal Turenne. Los laureles del gran capitán no estaban inocentes, y la burlona desterrada no trataba muy bien al culpable.

Mad. de Longueville, que descendia de la casa Rambouillet, del trono de Versalles, y de la municipalidad de París, se apasionó del autor de las *Máximas*, y le fue tan fiel como ella podia ser.

Este vivió menos de sus pensamientos que de la amistad de Mad. de La-Fayette y Mad. de Sevigné, de los versos de La-Fontaine y del amor de madama de Longueville: hé aquí lo que son las afecciones ilustres.

La princesa de Condé dijo á punto de espirar á Mad. de Brienne: «Mi querida amiga: escribid á esta pobre miserable, que se halla en Stenay, el estado en que me veis, y que aprenda á morir.» Hermosas palabras; pero la princesa olvidaba que ella misma habia sido amada de Enrique IV; que llevada á Bruselas por su marido, ella habia querido reunirse al bearnés, escaparse por la noche por la ventana, y andar en seguida treinta ó cuarenta leguas á caballo; ella era entonces una pobre miserable de diez y siete años.

Cuando bajé de la roca, me encontré en el camino real de París, que sube rápidamente al salir de Dieppe. A la derecha, sobre la linea ascendente de un ribazo, se levanta la pared de un cementerio; á lo largo de esta tapia habia colocado un torno de hilar; dos cordeleros, que andaban hácia atrás y se balanceaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; cantaban juntos á media voz. Apliqué el oido, y estaban en esta copla del *viejo cabo*, bella mentira poética que nos ha traído donde estamos:

¿Qui la bas sanglotte et regarde?

¡Eh! c'est la veuve du tambour, etc.

Estos hombres pronunciaban el *refran*: *Conseritos al paso, no lloreis... Marchad al paso al paso*, con un tono tan patético y varonil, que las lágrimas asomaron á mis ojos. Marcando ellos mismos el paso y devanando su cáñamo, parecia que hilaban el último momento del viejo cabo: yo no sabia explicar el efecto que me causaba esta gloria de Beranger; soli-

tariamente realizada por dos marineros que cantaban á la vista del mar la muerte de un soldado.

La roca me ha recordado una grandeza monárquica; el camino una celebridad plebeya: he comparado con el pensamiento los hombres de las dos estremidades de la sociedad, y me he preguntado á cuál de estas épocas hubiera deseado pertenecer. Cuando el presente haya desaparecido como el pasado, ¿cuál de estas dos famas atraerá mas miradas de la posteridad?

Y sin embargo, ¿si los hechos fueran todo; si el valor de los nombres no contrapesase en la historia el valor de los acontecimientos, ¿qué diferencia entre mi época y la que trascurrió desde la muerte de Enrique IV hasta la de Mazarino! ¿Qué son las revueltas de 1648 comparadas con esta revolución, que ha devorado al antiguo mundo, que lo matará tal vez, no dejando tras de sí ni vieja sociedad ni nueva? ¿No tenía yo que pintar en mis *Memorias* cuadros de una importancia mayor que las escenas referidas por el duque de La Rochefoucauld? En Dieppe mismo, ¿qué es el negligente y voluptuoso ídolo de París, seducido y rebelde, al lado de la duquesa de Berry? Ya no se oyen los cañonazos que anunciaban al mar la presencia de la viuda real; la adulación del humo y de la pólvora no ha dejado sobre la costa mas que el mugido de las olas.

Las dos hijas de Borbon, Ana Genoveva y María Carolina, se han retirado; los dos marineros de la canción del poeta plebeyo se abismaron. Dieppe no me posee ya; era otro yo, un yo de mis primeros dias ya pasados, el que habitó en otro tiempo estos lugares, y este yo ha sucumbido, porque nuestros dias mueren antes que nosotros. Aquí me habeis visto, de subteniente del regimiento de Navarra, enseñar reclutas en los pedregales; me habeis visto desterrado en tiempo de Bonaparte; me volvereis á hallar cuando las jornadas de julio vengan á sorprenderme. Héme aquí todavía; tomo de nuevo la pluma para continuar mis confesiones.

A fin de reconocernos, es conveniente echar una ojeada sobre el estado de mis *Memorias*.

ESTADO DE MIS MEMORIAS.

Me ha acontecido lo que acontece á todo el que trabaja en grande escala; primeramente he levantado los pabellones de las estremidades; despues, mudando aquí y allá mis andamios, he subido la piedra y el cimiento de las construcciones intermedias; muchos siglos se han gastado en la conclusion de catedrales góticas. Si el cielo me concede vivir, se concluirá el monumento de mis diversos años; el arquitecto, siempre el mismo, habrá cambiado solamente de edad. Por lo demás, es un suplicio conservar intacta su inteligencia, encerrada en una envoltura material gastada. San Agustín, sintiendo que se deshacía su barro, decía á Dios: «Servid de tabernáculo á mi alma;» y á los hombres: «Cuando me hayais conocido en este libro, rogad por mí.»

Treinta y seis años han pasado entre el principio y fin de estas *Memorias*. ¿Cómo anudar con algun ardor la narración de un asunto lleno en otro tiempo de pasión y de fuego, cuando no viven ya las personas de quien tengo que ocuparme, cuando se trata de despertar estigias heladas en el fondo de la eternidad, de bajar á una fosa fúnebre, para representar allí la vida? ¿No estoy yo mismo casi muerto? ¿No han cambiado mis opiniones? ¿Veo yo los objetos bajo el mismo punto de vista? Estos acontecimientos personales que me perturbaban tanto, los acontecimientos generales y prodigiosos que los han acompañado ó sucedido, ¿no han disminuido en importancia á los ojos del mundo y á los míos? Todo el que prolonga su carrera siente resfriarse sus horas, ya no encuentra al dia siguiente

el interés de la víspera. Cuando rebusco en mi imaginación, hay nombres y hasta personajes que escapan á mi memoria, y sin embargo tal vez habian hecho palpar mi corazón; ¿vanidad del hombre olvidadizo y olvidado! No basta decir á los pensamientos, á los amores: «Renaced!» para que renazcan; la region de las sombras no se puede abrir mas que con la rama de oro, y es necesario una mano jóven para cortarla.

Dieppe 1836.

AÑO 1800.—VISTA DE LA FRANCIA.—LLEGO Á PARÍS.

Aucuns veñans des Lares patries. (Rabelais.)

Encerrado ocho años en la Gran-Bretaña, yo no habia visto mas que el mundo ingles, tan diferente, entonces sobre todo, del resto del mundo europeo. A medida que el paquebot de Douvres se acercaba á Calais, en la primavera de 1800, mis miradas se dirigian á la costa. Me admiraba el aspecto pobre del país; apenas se veian algunos mástiles en el puerto; una población de carneola y gorro de algodón avanzaba ante nosotros á lo largo del muelle; los vencederos del continente nos fueron anunciados por el ruido de los zuecos. Cuando llegamos al muelle, los gendarmes y los aduaneros saltaron al puente y registraron nuestro equipaje y los pasaportes; en Francia un hombre es siempre sospechoso, y la primera cosa que se ve en nuestros negocios, como en nuestras diversiones, es un sombrero de tres picos ó una bayoneta.

Mad. Lindsay nos esperaba en la posada; al dia siguiente partimos con ella hacia París, Mad. d'Aguesau, una jóven parienta suya, y yo. En el camino apenas se veian hombres: mujeres ennegrecidas y escuálidas, con los pies desnudos, la cabeza descubierta, ó rodeada con un pañuelo, labraban los campos: se las podía tomar por esclavas. Yo me debía haber admirado de la independencia y de la virilidad de esta tierra, en la cual las mujeres manejaban el arado y los hombres el mosquito. Parecía que el fuego habia atravesado por los pueblos; estaban miserables y medio derruidos; por todas partes lodo y polvo, humo y escombros.

A derecha é izquierda del camino se mostraban castillos arruinados: de sus bosques arrasados apenas quedaban algunos troncos en que jugaban los muchachos. Se veian paredes de cercados agujereadas, iglesias abandonadas, cuyos muertos habian sido exhumados, torres sin campanas, cementerios sin cruces, con santos sin cabezas, apedreados en sus nichos. Sobre las murallas estaban pintarrajeadas estas inscripciones republicanas, ya envejecidas: *Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte*. Algunas veces se habia intentado borrar la palabra *muerte*, pero las letras negras ó encarnadas reaparecian debajo de una capa de cal. Esta nación, que parecía á punto de disolverse, comenzaba una vida nueva, como esos pueblos que salen de las tinieblas de la barbarie y de la destruccion de la edad media.

Al acercarnos á París, entre Ecouen y París, las calles de árboles no habian sido abatidas; me sorprendí al ver estas avenidas itinerarias, desconocidas en el suelo ingles. La Francia me era tan nueva como me habian sido las florestas de América. San Dionisio estaba descubierto: las ventanas rotas, la lluvia penetraba en sus naves verdosas, y ya no habia allí sepulcros; despues he visto los huesos de Luis XVI, los cosacos, el féretro del duque de Berry, y el catafalco de Luis XVIII.

Augusto de Lamoignon salió á recibir á madama Lindsay; su elegante equipaje contrastaba con las pesadas carretas, las sucias diligencias, destartadas, arrastradas por caballos matalones enganchados con

cuerdas, que yo habia visto desde Calais. Mad. Lindsay vivia en los Thernes. Me apeé en el camino de la Revolte, y me dirigí al pié, al través de los sembrados, á casa de mi huésped. Permaneci veinte y cuatro horas en su casa, y vi allí un grande y gordo caballero, llamado Lassalle, que le servia para arreglar los asuntos de los emigrados. Hizo saber á Fontanes mi llegada; al cabo de cuarenta y ocho horas me vino á buscar á un cuartito que Mad. Lindsay me habia tomado en una posada inmediata á su casa.

Era domingo: hacía las tres de la tarde entramos á pié en París por la barrera de la Estrella. No tenemos una idea hoy de la impresion que los excesos de la revolucion habian hecho en los espíritus en Europa, y principalmente entre los hombres ausentes de Francia durante el terror: me parecía que iba á bajar á los infiernos. Yo habia presenciado, es cierto, los principios de la revolucion; pero los grandes crímenes no se habian cometido todavía, y habia quedado subyugado por los hechos subsiguientes, tales como se contaban en medio de la sociedad pacífica y regular de Inglaterra.

Avanzando con mi nombre supuesto, y persuadido de que comprometia á mi amigo Fontanes, oí, con grande admiracion, al entrar en los Campos-Eliseos, sonidos de violin, de trompa, de clarinete y de tambor; vi gentes que bailaban en diferentes grupos; y mas allá se me presentó el palacio de las Tullerías en medio de sus arboledas. En cuanto á la plaza de Luis XV, se hallaba desnuda; tenia la ruina, el aire melancólico y abandonado de un viejo anfiteatro; se pasaba por allí deprisa; yo me sorprendia de no oír quejidos; temia poner el pié sobre sangre, de que no hubiera ya señales; mis ojos no podian separarse del punto del cielo donde se habia levantado el instrumento de muerte; yo creia ver en camisa, atados á la máquina sangrienta, á mi hermano y mi cuñada; allí habia caído la cabeza de Luis XVI. A pesar de la alegría que reinaba en la calle, las torres de las iglesias estaban mudas; me parecía que habia entrado el dia del inmenso dolor, el Viernes Santo.

Mr. de Fontanes vivia en la calle de San Honorato, cerca de San Roque. Me llevó á su casa, me presentó á su mujer, y me condujo en seguida á casa de su amigo Mr. Joubert, donde encontré un abrigo provisional, en el cual fui recibido como un viajero de quien se ha oído hablar.

Al dia siguiente fui á la policia con el nombre de Lassagne á entregar mi pasaporte, y tomar en cambio, para permanecer en París, permiso que renovaba de mes en mes. Al cabo de algunos dias alquilé un entresuelo en la calle de Lille, al lado de la calle de Saints-Pères.

Yo habia traído *El Genio del Cristianismo* y las primeras hojas impresas en Londres. Me dirigieron á monsieur Migneret, hombre digno, que consintió en encargarse de continuar la impresion interrumpida, y en darme adelantado algo para vivir. Nadie conocia mi *Ensayo sobre las Revoluciones*, á pesar de lo que me habia escrito Mr. Lemiere. Desenterré al viejo filósofo Delisle de Sales, que acababa de publicar su *Memoria en favor de Dios*, y me dirigí á casa de Ginguené. Vivia este en la calle Grenelle-Saint Germain, cerca del Buen La-Fontaine. Aun se leia en el cuarto del conserje: *Aquí nos honramos con el título de ciudadano, y se tutea á todo el mundo. Cierra la puerta, si gustais*. Subí; monsieur Ginguené, que me reconoció apenas, me habló, desde lo alto de su grandeza, de todo lo que era y habia sido. Yo me retiré humildemente, y no procuré anudar relaciones tan desproporcionadas. Alimentaba siempre en el fondo del corazón los recuerdos y los sinsabores de Inglaterra; habia vivido tanto tiempo en este país, que habia contraído sus hábitos; no podía acomodarme á la sociedad de nuestras casas, de nuestras escaleras,

de nuestra mesa, á nuestra propia limpieza, á nuestro ruido, á nuestra familiaridad, á la indiscrecion de nuestra habladería; era inglés en las maneras, en el gusto, y hasta cierto punto de pensamientos; porque sí, como se cree, lord Byron se ha inspirado con René alguna vez en su *Childe-Harold*, también es cierto que ocho años de residencia en la Gran-Bretaña, precedidos de un viaje á América; que un largo hábito de hablar, de escribir, y aun de pensar en inglés, habian influido necesariamente en el curso y expresion de mis ideas. Pero poco á poco gusté la sociabilidad que nos distingue; este comercio encantador, fácil y rápido de las inteligencias; esta ausencia de toda seriedad y preocupacion; esta indiferencia á la fortuna y á los nombres; esta nivelacion natural de todas las clases; esta igualdad de los espíritus, que hace la sociedad francesa incomparable, y que encubre nuestros defectos, despues de algunos meses de establecerse entre nosotros, se conoce que no se puede vivir mas que en París.

Paris 1837.

AÑO 1800.—MI VIDA EN PARÍS.

Me encerré en el fondo de mi entresuelo, y me entregué al trabajo. En los intervalos de descanso iba á hacer reconocimientos por diferentes puntos. En medio del palacio real se habia rellenado el Circo; Camilo Desmoulin no peroraba ya al raso; ya no se veian circular prostitutas á bandadas, compañeras virginales de la diosa Razon, marchando bajo la direccion de David, director de trajes y sacerdote. Al final de cada anden se encontraban en las galerías hombres que voceaban curiosidades: *sombras chinescas, vistas de óptica, gabinetes de fisica, fieras extrañas*; á pesar de tantas cabezas cortadas, aun quedaban ociosos. Del fondo de los subterráneos del Palais-Marchand salian voces de música, acompañadas de organillos; tal vez habitaban allí gigantes á quien yo buscaba, y que debian haber producido necesariamente grandes acontecimientos. Yo bajé, y vi un baile subterráneo que se agitaba en medio de espectadores que se hallaban sentados y bebiendo cerveza; un jorobadillo, sentado sobre una mesa, tocaba el violin y cantaba un himno á Bonaparte, que terminaba con estos versos:

Par ses vertus, par ses attraits
il méritait d'être leur père!

Un sueldo se le daba despues del ritornelo. Tal es el fondo de esta sociedad humana que dirigió Alejandro y dirigió Napoleón.

Yo visitaba los lugares que frecuentaba en mis primeros años. En mis conventos de otros tiempos, los clubistas habian sido arrojados de ellos despues de los monges. Vagando por la espalda del Luxemburgo, me dirigí á la Cartuja, que acababa de ser demolida.

La plaza de las Victorias y de Vendôme lloraban las estigias ausentes del gran rey; la comunidad de los capuchinos estaba saqueada; el claustro interior servia á Robertson para la fantasmagoría. En los Franciscanos busqué en vano la nave gótica donde yo habia visto á Marat y Danton en su buena época. Sobre el muelle de los Teatinos la iglesia de estos religiosos se habia convertido en café y sala de danzantes de cuerda. A la puerta, un trasparente representaba volatineros, y se leia por debajo en letras muy gordas: *Espectáculo gratis*. Yo me mezclé á la multitud en este antro pérfido: apenas me habia sentado, cuando entraron los criados con la servilleta en la mano, gritando como rabiosos: «¡Consumid, señores; consumid!» No me lo hice repetir dos veces, y me evadí suavemente en medio de los silbidos de la asamblea, porque yo no tenia para *consumir*.

CAMBIO DE LA SOCIEDAD.

La revolución se ha dividido en tres partes, que no tienen nada de comun entre sí; la república, el imperio y la restauración: estos tres mundos diversos, todos tres tan completamente acabados los unos como los otros, parecen separados por siglos. Cada uno de estos tres mundos ha tenido un principio fijo: el principio de la república era la igualdad; el del imperio la fuerza; el de la restauración la libertad. La época republicana es la más original y la más profundamente grabada, porque ha sido única en la historia: jamás se había visto, jamás se verá el orden físico producido por el desorden moral, la unidad saliendo del gobierno de la multitud, el cadalso sustituyendo á la ley, y obedecido en nombre de la humanidad.

Yo asistí, en 1801, á la segunda transformación social. La mezcla era extravagante; por un disfraz convenido, una multitud se convertía en personajes no siendo nada; cada uno llevaba su nombre de guerra, ó fingido, pendiente de su cuello, como los venecianos llevan en Carnaval una mascarilla en la mano para dar á entender que van enmascarados. El uno era reputado italiano ó español; el otro prusiano ó holandés; yo era suizo. La madre pasaba por tía de su hijo, el padre por tío de su hija; el propietario de una tierra no era más que el administrador. Este movimiento me recordaba, en un sentido opuesto, el movimiento de 1789, cuando los monges y los frailes salieron de su claustro, y la antigua sociedad fue invadida por la nueva; esta, después de haber reemplazado á aquella, era á su vez reemplazada.

Sin embargo, el mundo ordenado comenzaba á renacer; se abandonaban los cafés y la calle para retirarse á casa; se reunían los restos de la familia; se arreglaba su herencia reuniendo los restos, como después de una batalla se toca á llamada y se hace el recuento de la gente que se ha perdido. Las iglesias que habían quedado se abrían; yo tuve la dicha de tocar la trompeta á la puerta del templo. Se distinguían las viejas generaciones republicanas que se retiraban de las generaciones republicanas que avanzaban. Al lado de generales de la requisición, pobres, de lenguaje rudo, de severo continente, y que de todas sus campañas no habían sacado más que heridas y vestidos agujereados, cruzaban los oficiales relumbrantes de oro del ejército consular. El emigrado que había vuelto, hablaba tranquilamente con los asesinos de alguno de sus parientes. Todos los porteros, acérrimos partidarios del difunto Robespierre, echaban de menos los espectáculos de la plaza de Luis XV, donde se cortaba la cabeza á mujeres que (me decía mi propio conserje de la calle de Lille) tenían el cuello blanco como carne de pollo. Los setembristas, habiendo cambiado de cuartel, se habían hecho vendedores de manzanas cocidas, pero se veían á cada momento obligados á abandonar el puesto, porque el pueblo, que los reconocía, destrozaba su puestecillo, y los quería matar. Los revolucionarios ricos comenzaban á colocarse en las grandes casas vendidas del barrio de Saint-Germain: dispuestos á hacerse barones ó condes, los jacobinos no hablaban más que de los horrores de 1793, de la necesidad de castigar á los proletarios y de reprimir los excesos del populacho. Bonaparte, colocando á los Brutos y los Escévolas en su policía, se preparaba á cubrirlos de cintajos, á ensuciarlos con títulos, á obligarlos á hacer traición á sus opiniones, á deshonrarlos con sus crímenes. A todo esto nacía una generación vigorosa sembrada en la sangre, y levantándose para no derramar más que la del extranjero: día en día se cumplía la metamorfosis de los republicanos en imperialistas, y de la tiranía de todos en el despotismo de uno solo.

Paris 1837.

Revisado en diciembre de 1816.

AÑO DE MI VIDA 1801.—EL MERCURIO.—LA ATALA.

Sin dejar de ocuparme en cercenar, aumentar ó modificar los originales de *El Genio del Cristianismo*, la necesidad me obligaba á entregarme á otros trabajos. Mr. de Fontanes redactaba por entonces *El Mercurio de Francia*: me propuso escribir en aquel periódico. Estas luchas no dejaban de ofrecer algún peligro: no se podía llegar hasta la política, sino por medio de la literatura, y la policía de Bonaparte entendía con media palabra. Una circunstancia singular, impidiéndome el dormir, prolongaba mis horas de trabajo dejándome más tiempo. Había yo comprado dos tórtolas que arrullaban sin cesar: en vano las encerraba por la noche dentro de mi maleta de viaje, pues no por eso dejaban de arrullar. En uno de los momentos de insomnio que estas me causaban, se me ocurrió insertar en *El Mercurio* una carta á Mad. de Staël. Este capricho me hizo salir repentinamente de la oscuridad; lo que no habían podido conseguir mis dos abultados volúmenes *Sobre las revoluciones*, lo consiguieron unas cuantas páginas de un periódico. Mi cabeza se asomó un poco por cima de la sombra.

Este primer resultado parecía anunciar el que le iba á seguir. Ocupábame en revisar las pruebas de *La Atala* (episodio introducido, así como *René* en *El Genio del Cristianismo*), cuando noté que me faltaban los originales. Apoderóse el temor de mi creyendo me habían robado mi novela, lo que seguramente era un temor harto infundado, porque nadie creería que yo valiese la pena de ser robado. Pero de cualquier modo que sea, me determiné á publicar *La Atala* aparte, anunciando mi resolución en una carta dirigida al *Diario de los Debates* y á *El Publicista*.

Antes de aventurar á la prensa mi trabajo se lo enseñé á Mr. de Fontanes: había leído ya este algunos fragmentos en Londres. Cuando hubo llegado al discurso del P. Aubry, al lado del lecho de muerte de Atala, me dijo con un tono brusco y lleno de acritud: —«¡Esto no está bien; es detestable; corregidlo!» Quedé petrificado; yo no me sentía capaz de hacerlo mejor. Quise arrojarlo todo al fuego; pasé desde las ocho hasta las once de la noche en mi entresuelo, sentado delante de mi mesa, con la frente apoyada sobre el dorso de mis manos, extendidas y abiertas sobre mis manuscritos. Estaba irritado contra Fontanes; lo estaba conmigo mismo, y ni aun procuraba escribir, tan desesperado estaba de mis propias fuerzas. A eso de las doce el canto de las tórtolas llegó á mis oídos, suavizado por la distancia y más tierno aun por salir de la prisión en que las tenía encerradas; la inspiración descendió con él; tracé de corrido el discurso del misionero, sin una sola enmienda, sin interlinear una sola palabra, tal como ha quedado y tal como hoy existe. Con el corazón palpitante lo llevé á Fontanes, que exclamó al leerlo: —«¡Esto es, esto es; ya os había yo dicho que podíais hacerlo mejor!»

De la publicación de *Atala* data el ruido que he hecho en el mundo; cesé de vivir para mí, y empecé mi vida pública. Después de tantos acontecimientos militares, un acontecimiento literario era un prodigio, y todos lo ansiaban. La singularidad de la obra la hacía aun más sorprendente al público. *Atala*, cayendo en medio de la literatura del imperio, de esa escuela clásica, vieja rejuvenecida, cuya sola vista inspiraba fastidio, era una producción de un género desconocido. No se sabía si debía ser clasificada entre las monstruosidades ó entre las bellezas; ¿era una Gorgonida ó una Venus? Los académicos reunidos disertaron muy doctamente sobre su sexo y sobre su naturaleza, lo

mismo que sobre *El Genio del Cristianismo*. El viejo siglo la desechó, el nuevo la acogió.

Atala llegó á ser tan popular, que fué á engrosar con la Brinvilliers la colección de *Curtius*. Las posadas hallábanse adornadas de grabados verdes, azules y encarnados, que representaban á Chactas, al padre Aubry y á la hija de Simaghan. En cajas de madera, en los muelles, enseñábanse mis personajes hechos de cera, como se enseñan las imágenes y los santos en la feria. Yo vi en un teatro del boulevard mi selvática heroína, adornada con plumas de gallo, que hablaba del alma de la soledad á un salvaje de su especie, de una manera que me hizo sudar de vergüenza. En el teatro de las Variedades representaban una pieza, en la que una muchacha y un joven recién salido del colegio se iban en un barco á casar á su pueblo: como al desembarcar ellos no hablaban, con aspecto salvaje, sino de cocodrilos, cigüeñas y selvas, sus parientes creyeron que se habían vuelto locos. Las parodias, las caricaturas, las burlas, llovían sobre mí. El abate Morellet, para confundirme, hizo sentar á su criada sobre sus rodillas, pero no pudo tener los pies de la joven virgen en sus manos como Chactas tenía los pies de Atala durante la tempestad. Si el Chactas de la calle de Anjou se hubiese hecho pintar de esta manera, le hubiese perdonado su crítica.

Todo esto no hacía más que aumentar el ruido de mi aparición. Estuve á la moda. La cabeza me se trastornó: desconocí los goces del amor propio, y me estasié con ellos. Amaba la gloria, como á una mujer, como á un primer amor. Sin embargo, perezoso como yo era mi espanto igualaba á mi pasión, pareciéndome á un soldado visón que avanza con temor hacia el fuego del enemigo.

Mi natural misantropía, y la duda que siempre he abrigado con respecto á mi talento, me hacían humilde en medio de mis triunfos. Procuraba sustraerme á mi esplendor; paseábame por sitios apartados, trabajando para apagar la aureola con que mi frente estaba coronada. Por la tarde, con el sombrero metido hasta las cejas, de miedo que me conociesen, me dirigía á un oscuro café á leer á escondidas mi elogio en algún periódico desconocido. Frente á frente con mi fama, extendía mis paseos hasta la bomba de incendios de Chaillot (1), sobre el mismo camino en que tanto había sufrido. Cuando fui á la corte, hallábame desconcertado con mis nuevos honores. Cuando mi superioridad comía á treinta sueldos en el país latino, procuraba sustraerme á las miradas de que creía ser objeto. Me contemplaba, y decía para mí: —«¿Eres tú, sin embargo, criatura extraordinaria, la que comes como cualquier otro hombre?» Había en los Campos-Eliseos un café, por el que tenía una especial predilección, por haber en él algunos ruiseñores, suspendidos en sus jaulas alrededor del salón: Mad. Rousseau, dueña del café, me conocía de vista, sin saber quién era. A cosa de las diez tomaba una taza de café, y buscaba á Atala entre los anuncios, á la voz de mis cinco ó seis filomenas. ¡Ay! al poco tiempo vi morir á madame Rousseau: nuestra sociedad de ruiseñores y de la india, que cantaba: «Dulce costumbre de amar tan necesaria á la vida.» no duró más que un momento.

Si el renombre no podía prolongar en mí el estúpido éxtasis de mi vanidad, ni prevenir mi razón, tenía peligros de otra especie: estos peligros aumentaron á la aparición de *El Genio del Cristianismo*, y con mi dimisión por la muerte del duque de Enghien. Entonces vinieron á asediarme, juntamente con las muchachas que lloran leyendo novelas, la multitud de cristianas, y esas otras nobles entusiastas á las que una noble acción hace palpar el corazón. Las ma-

tronas de trece y catorce años eran las más peligrosas, porque no sabiéndose ni lo que ellas quieren, ni lo que ellas os quieren, llevan seducida vuestra imagen á un mundo de fábulas, de cintas y de flores. J. J. Rousseau habla de las declaraciones que recibió á la publicación de la *Nueva Eloisa* y de las conquistas que le fueron ofrecidas: yo no sé si hubieran correspondido los hechos á las palabras; pero sé decir que me hallaba sepultado bajo una lluvia de billetes perfumados; si estos billetes no fuesen hoy billetes de venerables abuelas, me sería muy embarazoso el contar con la debida modestia cómo se disputaban una palabra de mi mano, cómo se recogía un sobre de mi letra y cómo ruborizándose lo ocultaban, bajando la cabeza, bajo ese suelto velo de una larga cabellera: menester es confesar que mi naturaleza ha sido buena cuando no se ha echado á perder con tanto mimo.

Sea por verdadera galantería ó por curiosa debilidad, me dejaba algunas veces arrastrar hasta el punto de crearme obligado á ir á dar las gracias en persona á estas desconocidas que me enviaban sus nombres con sus adulaciones: un día, en un piso cuarto, hallé una criatura encantadora al cuidado de su madre, en cuya casa no volví á poner los pies. Una polaca me esperaba en salones forrados de seda; ingerto de odalisca y de valkyria, asemejábame á la violeta silvestre de blancas flores, ó á una de esos elegantes arbustos que reemplazan á las otras hijas de Flora cuando su estación no ha llegado ó ha pasado ya: este coro femenino, variado en años y belleza, era mi antigua sílfide realizada. El doble efecto sobre mi vanidad y mis sentimientos podría ser tanto más peligroso, cuanto que hasta entonces, exceptuando unas relaciones formales, yo no había sido ni buscado ni preferido en el común de los jóvenes. Sin embargo, debo decirlo: aun cuando me hubiera sido fácil abusar de una ilusión pasajera, la idea de una felicidad conseguida por el casto camino de la religión abrumaba mi sinceridad: ser amado al través de *El Genio del Cristianismo*, amado por la Estrema-unción, por la *Fiesta de los muertos*! ¡Oh! ¡Nunca hubiera yo sido un infame *Tartuffo*! He conocido un médico provenzal, llamado Vigaroux, llegado á la edad en que cada placer roba un día de vida: «No tenía, según aseguraba él mismo, remordimiento alguno por el tiempo perdido de este modo; sin pensar en devolver la felicidad que recibía, caminaba hacia la muerte de la que esperaba hacer su postre de delicia.» Yo fui, sin embargo, testigo de sus pobres lágrimas cuando espiró: no pudo ocultarme su aflicción; era demasiado tarde: sus cabellos blancos no descendían lo bastante para ocultar y enjugar sus lágrimas. El hombre más desgraciado, al dejar la tierra, es el incrédulo; para el hombre sin fe tiene una cosa de cruel la existencia, el que le hace sentir la nada: si no se hubiese nacido no se experimentaría ese horror al cesar de ser: la vida del ateo es un espantoso relámpago, que solo sirve para descubrir un abismo.

¡Dios de grandeza y de misericordia! ¡Vos no nos habeis criado para sufrimientos tan efímeros y para una miserable felicidad! Nuestro desencantamiento inevitable nos advierte que nuestros destinos son más sublimes. Cualesquiera que hayan sido nuestros errores, si hemos conservado un alma algo grave y hemos pensado en medio de nuestras debilidades, seremos transportados, cuando vuestra bondad nos liberte del mundo, á esa región en donde las afecciones son eternas.

Paris 1837.

AÑO DE MI VIDA 1801.—MADAMA DE BEAUMONT.—SU SOCIEDAD.

No tardé en recibir el castigo de mi vanidad de autor, la más detestable de todas, si no fuese la más

(1) Bomba que surte de agua á casi todo Paris. (Nota del traductor.)